

## Otra Buena Novela Criolla

Advertimos al lector que no nos estamos refiriendo a ningún libro reciente. El que ahora traemos a colación lleva veinticuatro años de publicado. Y sin embargo reina un desconocimiento bastante general acerca de dicha novela, aun entre quienes por profesión o afición andan con las manos en esta masa de las letras patrias.

En todas las literaturas hay algunos autores que por razones a veces claras, y otras veces oscuras, quedan largo tiempo sumergidos en un desconocimiento indebido e injustificado. Sólo en ocasiones y al cabo de largos años, se les hace justicia y se les coloca en el lugar que por sus obras ameritan.

En las letras venezolanas podríamos decir que uno de esos autores es Carlos E. Villanueva. Fué un empeñoso y asiduo trabajador literario en el campo de la novela y del cuento. Dejó publicadas seis novelas y un denso tomo de cuentos. Y sin embargo es raro encontrarnos con referencias críticas sobre Villanueva, ni en las obras de carácter general, ni en las especializadas sobre la novela venezolana. El sereno y documentado estudio del norteamericano Ratcliff, pasa por alto la crítica de Villanueva, y solo lo nombra una vez al traer una cita del coleccionista de cuentos venezolanos Valentín de Pedro (1). Esta omisión tal vez obedezca a que Ratcliff no tuvo a mano las obras de Villanueva para poderlas juzgar directamente. De otra manera habría sido inexplicable no decir nada de él, dado el empeño del crítico norteamericano de hablar

(1) Los mejores cuentos venezolanos, Prólogo, selección y notas de Valentín de Pedro. Editorial Cervantes, Barcelona, 1923, 342 p.

de tantos novelistas venezolanos, y entre estos de algunos de obra menos completa que la de Villanueva. Y además pudo también comprender Ratcliff que alguna importancia tendría este autor venezolano, cuando el coleccionista V. de Pedro lo incluye en 1923 entre nuestros doce mejores cuentistas.

El diligente compilador de la bibliografía de las bellas letras venezolanas, Mr. Vaxman (también norteamericano), trae incompleta la lista de las obras de Villanueva, y parte de ella con citas de segunda mano; y luego al ofrecer alguna referencia sobre críticos que se hayan ocupado de dicho autor, menciona al francés Max Daireaux. (2)

En los libros de historia y crítica literarias por autores venezolanos, solamente R. Angarita Arvelo trae una breve referencia a Villanueva, a quien agrupa en la generación de Gallegos y Pocaterra. Y dice de él que "ha trabajado con entusiasmo inquebrantable nuestra novela". Luego añade una rápida y tajante apreciación global de algunas de sus novelas. (3)

En realidad, como bien lo señala el ya citado V. de Pedro, las primeras producciones de Villanueva fueron "bocetos de novela". Y de hecho el propio Villanueva incluyó en su tomo de cuentos "Ronda de Muñecos", en primer lugar el novelín "La casa de los Arrubla".

Pero su verdadera novela, completa y sólida, es "La Charca", publicada en

(2) Max Daireaux, Panorama de la littérature hispano-américaine, París, 1930.

(3) Cfr. Rafael Angarita Arvelo, Historia y Crítica de la novela en Venezuela, Berlín, 1938, pg. 106.

1924. (4) Es esta una novela muy injustamente olvidada y hasta desconocida. Tal vez el hecho de haber sido publicada en Barcelona de España ocasionó su menor difusión y conocimiento entre nosotros. Pero quien se detenga con serenidad ante sus páginas, no puede menos de extrañar la casi nula figuración que dicha obra ha tenido hasta el presente en el cuadro de conjunto de la literatura y de la novelística venezolana.

En el primer cuarto del presente siglo, la novela venezolana se desvía de la tendencia esteticista que había ostentado con los autores modernistas, cuyo representante principal era Díaz Rodríguez. Empiezan entonces a dominar dos autores de temperamento y tendencia muy personales, pero cuya obra, aunque abundante y ruidosa, no llegó nunca a cristalizar en nada definitivamente perfecto y consagratorio. Esos autores fueron Rufino Blanco Fombona y José R. Pocaterra. Este, como tal vez acertadamente se ha dicho, mejor cuentista que novelista; y aquel demasiado disperso y desarticulado en una obra extensa, y tan alborotada como su temperamento.

Inmediata a la novelística de esos dos autores, comienza a aparecer la obra de Gallegos. Sus dos primeros intentos de novela extensa son: "El último Solar", en 1920, y "La Trepadora", en 1925. Pero esos dos libros, aunque muy distantes aún de la meta a que pocos años más tarde llegaría su autor con sus otras grandes novelas, lograron sin embargo concentrar sobre Gallegos la atención de la crítica y del público lector. Era el novelista representativo de una manera de hacer novelas distinta de todo lo anterior. Y sólo en 1924 con la aparición, —novedosa en nuestro medio, y con abundancia de publicidad,— de la "Ifigenia" de Teresa de la Parra, vino a dividirse el reinado de la novela nacional, entre dicha escritora y el citado Gallegos.

Precisamente en esos mismos años, en 1924, publica Villanueva su novela "La Charca", y como además fué impresa en España, ambas circunstancias hubieron de aunarse para que la obra no lograra interesar mucho a los lectores de Venezuela, quienes ya tenían en Ga-

llegó y en la Parra margen suficiente de atractivo literario.

Pero creemos sinceramente que "La Charca" merece en nuestras letras una atención mayor que la que se le ha venido prestando. Sobre todo tenida cuenta de la que se ha dispensado a otros libros más modernos, de mérito muy inferior, pero que sortaría o habilidosamente han corrido con mejor fortuna.

"La Charca" es una novela del llano. Su escenario es el pueblecito llanero de Palmenar. El autor la llama "novela de los días de la guerra y del odio", y esos días corresponden en la trama al mes de junio de 1891, cuando presidía en el país Andueza Palacio, y quien por su intento de continuismo fué derrocado por la llamada revolución "Legalista" que acaudilló el Gral. Crespo, en octubre de 1892. El libro lleva latente una finalidad patriótica, al mostrarnos el ambiente malsano e irrespirable del que fuera un pueblecito pacífico y laborioso, una vez que se entabló entre sus habitantes la criminal e inútil lucha partidista de liberales contra los llamados conservadores o gódos.

Después de varios años de ausencia, regresa a su pueblo nativo el bondadoso y bien intencionado Doctor Pedro Albaos, miembro de una de las familias más notables de Palmenar. En la histórica casa de los Albaos, en la finca de El Alto, vive enferma y solitaria, —vástago de una familia que se extinguía—, una hermana del dicho doctor, Catalina. Era viuda, y su único consuelo y compañía era la dulce niña Angela, sobrina de su difunto esposo, y a la cual —huérfana del todo a los cinco años de edad—, había acogido y criado como a una hija. El doctor Albaos ha regresado precisamente tras de incansantes ruegos de esa hermana Cata, que anhela verlo antes que su penosa enfermedad le acabe la vida. Una vez en Palmenar el doctor Albaos determina quedarse definitivamente y prestar toda su ayuda moral y económica para las graves necesidades que advierte en su pueblo nativo. Cata trata de disuadirlo de esa idea, dadas las condiciones de división y rencor entre los vecinos de Palmenar, y en especial contra las familias que como la de los Albaos es tenida por "goda".

El Doctor nota que el pueblo necesita dos cosas: una escuela bien organizada, que supla los pésimos servicios de la municipal; y un dispensario médico, para las miserias de la clase menesterosa.

(4) Carlos Elías Villanueva, LA CHARCA, Novela venezolana, Artes Gráficas Rigol y Ca., Barcelona, (1924), 301 p.

A procurar ambas cosas dedicará su fortuna y su trabajo, con plena generosidad, sin cuidarse de las críticas y oposiciones analévolas de quienes solo miran a sus intereses políticos y de banjería.

Pero además de esas dos necesidades, existe aún otra, tal vez más apremiante, puesto que de ella depende en gran parte la salud y la vida de los vecinos. "Había comenzado a formarse en el centro de Palmenar, a poca distancia de la Plaza Zamora y al pie de unos escombros, una charca que no se secaba nunca y que todos los años se agrandaba".

A poco de llegar, una mañana Albaos "se levantó con un fuerte apego a la tierra nativa, —nos dice el autor—, y desde aquel día comenzó a meditar los proyectos de salubridad y de progreso con que su regionalismo quería pagar la deuda, que como palmenareño y como Albaos, tenía contraída con el pobre suelo abandonado y abatido que en aquella hora del mediodía iba envolviéndose en un vago tul luminoso". Palmenar, para ser feliz y volver a los días de actividad necesitaba de la salud, y el único modo de dársela era cegando, así costara enormes sacrificios, la horrible charca donde se procreaban los gérmenes del paludismo y de la malaria. Así discurría el doctor, y luego puso manos a la obra bienhechora.

Y precisamente es esa charca lo que sirve para título de la novela. Porque aun cuando era una realidad apremiante la existencia de aquel foco infeccioso, muy posiblemente el autor quiso expresar en ese símbolo de la charca otra realidad, la más apremiante de todas y obstáculo gravísimo contra la verdadera salud social de Palmenar. La verdadera charca era aquel ambiente malsano de división y rencores entre los vecinos, y la presencia de un grupo de elementos falsos y oportunistas, —sempiternas sanguijuelas de la paz social—, que capitalizaban en beneficio propio aquel estado de cosas, a fin de "quedar bien" en cualquier próximo evento político. Y Albaos, mediante su proceder sincero y desinteresado, haciendo el bien a manos llenas, quiso extinguir y secar aquella fuente de infección social, así como en el orden sanitario quiso eliminar la charca de aguas contaminadas.

Pero intenciones tan rectas y generosas, no pudieron prosperar. Apenas se empezaron a poner en ejecución las obras de educación y de medicina y sa-

neamiento, empezó la oposición de parte de los cabecillas políticos del pueblo. Y como final aparece de nuevo la revolución, y todos aquellos hermosos proyectos ya en marcha se vienen al suelo.

Villanueva nos hace asistir a todo ese proceso de lucha, de tesón y de fracaso, y nos va presentando, con pinceladas sobrias y precisas a una serie de tipos perfectamente reales de la vida de nuestros pueblos del interior. El consabido coronel regional jefe de toda guerrilla revolucionaria; el Jefe civil paniaguado y plegadizo; el intelectualillo adúlante y pretensioso, y otros.

Perfectamente entrelazado con el tema central de la novela, e iluminando sus sombras y durezas, corre el relato del amor espontáneo y delicado que brota entre el doctor Albaos y la admirable niña Angela. Villanueva está muy lejos de ir a explotar, —en la forma vulgar y machacona de tantas otras novelas venezolanas—, aquellos sentimientos amorosos, e irlos a convertir en desenfreno lúbrico, y en barata tienda de obscuridades.

La acción se desenvuelve llena de interés, y hay justeza de proporciones en los diversos episodios. El paisaje apenas entra en juego, sino en breves pinceladas indispensables. En cambio el ambiente local está notablemente bien logrado: hay tipos y escenas arrancadas con mano maestra de la vida real; pero en nada se advierte ni recargo en los tonos, ni alarde innecesario de criollismo pinturero y llamativo. Y solo ocurre un leve pasaje alusivo a la conducta viciosa e injusta del Jefe civil, pero está redactado con limpieza y sobriedad.

Pero hay algo que queremos destacar especialmente. Villanueva nos presenta en esta novela un personaje, que aun sin ser el protagonista, adquiere una importancia extraordinaria, y viene a ser el que cierra la última escena del libro. Se trata nada menos que de un sacerdote, el Padre Blas, Párroco de Palmenar.

Por todo lo que conocemos de novelas venezolanas creemos poder afirmar que el Padre Blas es el más acertado, —tal vez el único—, personaje sacerdote de nuestra literatura de ficción. Es increíble el grado de estupenda ignorancia, por no decir quizá de intencionada malicia, con que tantos de nuestros novelistas y cuentistas han forjado y presentado en sus obras figuras de sacerdotes. Sobre el cura (usando el término des-

pectivo que ellos acostumbran darle) han solido llover en nuestras letras las más odiosas o ridiculizantes apreciaciones, por decir lo menos. Y aunque en casos reales y esporádicos, determinados sacerdotes han dejado en mal lugar su nombre y su dignidad, es ciertamente una injusticia envolver a todo el cuerpo sacerdotal bajo un descrédito que sólo lo ameritarían aquellos determinados individuos. Tal vez no han advertido algunos de nuestros escritores que esto hacen, que su actitud a quien en último término denuncia, —entre gentes sensatas—, es a ellos mismos; ya que por ley general el comentario que sus escritos suele producir es éste: "Cuando así habla de los sacerdotes, ¿cómo andará él?". Sin que, claro está, de aquí vayamos a concluir que por lo contrario las frases o actitudes de benevolencia para con el sacerdote impliquen siempre honestidad de vida en quien las escribe.

En los comienzos del capítulo II, describiendo Villanueva la vida de Palmenar, nos presenta a su Párroco: "La reparación del antiguo templo marcaba en la monotonía del paisaje la única nota de actividad y de optimismo. Los andamios levantados hacía mucho tiempo frente a la fachada, eran la prueba de la incansable perseverancia de aquel virtuoso y modesto Padre Blas que cuando no andaba en ronda de súplicas por el pueblo y por los caseríos vecinos, solicitando el óbolo de las almas cristianas para el adelanto de su obra emprendida, aparecía en lo más alto del parapeto dirigiendo y ayudando la labor de los cuatro obreros que pacientemente y de acuerdo con la lentitud de las entradas, realizaban aquel costoso trabajo de reconstrucción". (p.34)

Y luego nos ofrece estos datos: "Tenía (el Padre Blas) cincuenta y seis años de edad y veintisiete de Cura Párroco en Palmenar. Era humilde, virtuosísimo y laborioso, y empeñado en el afán de salvar de la ruina y de embellecer a Santa Efigenia, llevaba también mucho tiempo". (p. 48) Y así sucesivamente vamos viendo a todo lo largo de la obra la figura de quien no solo se preocupaba por los intereses directamente concernientes a su ministerio, sino que sembraba por doquiera la bondad, calmaba los momentos de pasiones entre los vecinos y servía de consejero prudente y desinteresado. Pero también sabía mostrar temple de ánimo para no doblegarse cuando el de-

ber lo exigía, y tenía probado que su bondad y mansedumbre en ningún caso significó cobardía o escapada ante el peligro. El mismo autoritario Coronel Pozuelos, Jefe Civil, respetaba a aquel ministro de la iglesia a quien consideraba "el hombre más bueno del mundo".

En el último capítulo, la figura del Padre Blas llena ella sola toda la acción, por la dignidad y entereza de su actitud. Declarada la revolución, y triunfante en corto tiempo, los cabecillas del pueblo creen llegada la ocasión de desmandarse a su antojo. Y cuando la buena y respetable maestra de escuela doña Bondad de Milagros, joven viuda, se encuentra en peligro en la Escuela ante los intentos descarados del petulante maestro Rodríguez que se creyó poderoso, doña Milagros castiga al grosero y escapa a buscar protección en casa del Párroco, a quien cuenta atribulada lo sucedido. "El Padre Blas arrugó el entrecejo. Se caló hasta las orejas su sombrero de teja, empujó el paraguas como dispuesto a descargarlo sobre el primer atrevido que le cerrara el paso, indicó a Andrés, el Sacristán, que asegurara bien la puerta y ordenó a doña Bondad que caminara adelante: —Yo la llevaré hasta su casa. Vamos a ver si hay quien se atreva!" fueron sus únicas palabras." (p. 298-299) Es esta una escena épica del libro, que jamás se olvida.!

Y cuando en el frenesí del triunfo de la revolución, escapan del pueblo las pocas familias tradicionales para quien la vida iba a ser en adelante imposible en Palmenar, el P. Blas se queda firme en su puesto, adolorido y triste, pero imbatido, mientras las campanas de su iglesia, por imposición de los triunfadores eran echadas a repique...

Hemos querido detenernos un poco en este personaje de *La Charca* porque en todo caso es una creación de Villanueva que merece destacarse, y porque como ántes se indicaba constituye acertada excepción en la novelística nacional.

En conjunto *La Charca* tiene vida y movimiento. No es un relato de rapidez apasionante, pero está lleno de sentido humano, con choque de violentas pasiones, pero sin desbordamientos exagerados o efectistas.

Abundan los personajes bien delineados y típicamente encuadrados en sus respectivos puestos. Y sus diálogos han sido logrados con precisión, viveza y colorido.

Pedro P. Barnola, S. J.